

LA VIDA ESTOICA DEL PROFESOR WILHELM H. HOFFMANN

El día 9 de Agosto de 1950, abandonó esta vida uno de esos hombres, que por su amor a la ciencia, la laboriosidad, y su lealtad a la patria cubana, no importa su nacimiento, es timbre y orgullo de una profesión. Una vida de eremita al servicio de la humanidad, hace rudo contraste con la ola de materialismo que azota el mundo, y excita más nuestra admiración, hacia los hombres que abismados en la ímproba tarea de su Laboratorio, sin más horizontes que las paredes del mismo, o de la ergástula en que viven, perseguidos o ignorados, son capaces por la sola fuerza de su pensamiento, de cambiar el curso de la historia.

Se habla de palacios de la ciencia, pero la vida de cenobitas de Hunter, Henle, Ludwing, Claudio Bernard, Pasteur, Ehrlich, Ramón y Cajal y Hoffmann, habla más bien de templos que de palacios. Un sentimiento que no dista mucho del delirio del hierofante, del de las sibilas de la antigüedad, o de los éxtasis del asceta, es para nosotros la prueba tangible, de la fascinación que el infinito ejerce sobre el espíritu de ciertos hombres. Pudo acaso alguna vez la patria, el amor a la gloria, el placer del deber cumplido, mover los hombres a la ejecución de grandes empresas, pero es necesario reconocer, la completa analogía existente, entre el éxtasis del asceta, y el placer inefable del investigador que contempla una maravilla de la naturaleza, o logra rasgar el velo de una nueva verdad. Y es cosa digna de señalarse, que no es un acto de vulgar misantropía, lo que incita a esos grandes solitarios, en cuya alma arde la llama del altruismo, a vivir impelidos por un instinto superior, en reclusión voluntaria, y a buscar en el silencio la concentración de la mente, y el acicate necesario al desencadenamiento de los procesos creadores de su subconsciente. Diríase que las grandes revelaciones, solo afloran en el silencio.

Constituye a nuestro juicio un deber de conciencia histórica, recordar a esos hombres a quienes por raro privilegio, toca abrir nuevos horizontes a la ciencia, pero esa obligación se acrecienta, si el desaparecido posee los títulos inprescriptibles a nuestro afecto, de haber sido Miembro de la Academia de Ciencias, investigador de elevada alcurnia, publicista de renombre universal, y ur.o de los más fervientes portavoces de nuestras glorias médicas, en los más lejanos países. Bastaría este último título para que emprendiéramos este trabajo, si a ello no nos moviera también un imperativo de justicia, en defensa de una memoria a quien debemos rescatar de urv olvido inexcusable. Para los remisos de la justicia dijo nuestro Martí “no es honrado el que presencia una injusticia, y no protesta”. Cumple a la Academia de Ciencias y a nuestro glorioso Instituto Finlay de que fué ornamento, demostrar que no solo rinde culto a la justicia, sino que es agradecido y sabe honrar el mérito.

